

KRISTAN HIGGINS



*Todo lo que
siempre quiso*

Cumplir treinta años tenía sus pros y sus contras...A Callie Grey, el hecho de asumir su edad la obligaba a reconocer que su novio y a la vez jefe le debía desde hacía mucho tiempo una proposición de matrimonio. Y, también, a darse cuenta de que esa proposición no iba a llegar nunca, porque, de repente, Mark le anunció que se había comprometido con la nueva doña Perfecta de la empresa. Por si eso no fuera ya lo suficientemente desastroso, a su madre se le ocurrió hacerle una gran fiesta para celebrar su treinta cumpleaños... en la funeraria familiar.Las cosas empeoraron aún más cuando Callie, con tal de llamar la atención de Mark, empezó a salir con el veterinario del pueblo, que, aunque estaba soltero y sin compromiso, no era demasiado cálido ni agradable. ¿Qué importaba que Ian McFarland estuviera más cómodo con los animales que con las personas? ¿Qué importaba que fuera tan formal y metódico? Ella, tan afable, espontánea y amante de la diversión, decidió que era hora de que Ian hiciera unas mejoras en su personalidad.Pero, por muy poco que la impresionara, cabía la remota posibilidad de que se enamorara del soltero menos atrayente de todo Vermont...

Este libro está dedicado, con amor y gratitud, a
Carol Robinson, que ha sido mi gran amiga
desde que éramos niñas. Te quiero, Nana.

Agradecimientos

Como siempre, gracias a Maria Carvainis, mi estupenda agente, además de a Keyren Gerlach, mi maravillosa editora, y a todo el mundo de Harlequin HQN por su increíble apoyo y entusiasmo.

Muchas gracias a mi veterinario, Sudesh Kumar, doctor en Medicina veterinaria, por responderme a más de cien preguntas, y a Nick Schade, propietario de Guillemot Kayaks y constructor de unas embarcaciones dignas de los dioses. Visitad su página web www.guillemot-kayaks.com y veréis ejemplos de su conocimiento del oficio. Por permitirme utilizar sus nombres, gracias a Annie, a Jack y a Seamus Doyle, a Jody Bingham y a Shaunee Cole, y a mis maravillosas amigas Hayley y Tess McIntyre. Adiaris Flores me ayudó con unas cuantas frases en español... ¡Gracias, cariño! Gracias también a Lane Garrison Gerard por inspirar el dudoso gusto musical de Josephine.

Tengo la suerte de contar con el apoyo y la amistad de muchos colegas escritores y, aunque no puedo nombrarlos a todos, aquí van unos cuantos: Cindy Gerard, Susan Mallery, Deeanne Gist, Cathy Maxwell, Susan Andersen, Allison Kent, Sherry Thomas y Monica McInerney. Gracias. De verdad.

Y, por último, todo mi amor para mi marido y mis hijos. Vosotros tres lo sois todo para mí.

Capítulo 1

A medida que el hombre de quien estaba enamorada iba acercándose a mi despacho, me vino a la mente la imagen de un ciervo paralizado delante de las luces de un camión. Yo era el ciervo, metafóricamente hablando, y Mark Rousseau era el camión de la fatalidad.

Como todos sabemos, el ciervo siempre se queda helado cuando lo ciegan los focos. El ciervo y yo, Callie Grey, una mujer de treinta años a las nueve y treinta cuatro minutos de esta misma mañana, somos perfectamente conscientes de que el camión nos va a atropellar. Sin embargo, nos quedamos ahí, esperando a que suceda lo inevitable, sea un camión, en el caso del ciervo, o un hombre que camina atléticamente hacia mí, con una sonrisa perpetua, el pelo castaño y rizado y unos maravillosos ojos oscuros. Yo esperé, con los ojos muy abiertos, como un ciervo. Era una lástima, porque, cuando no estaba bajo la influencia de Mark, yo no era como un ciervo asustado. Ni por asomo. Era mucho más parecida a un erizo adorable y alegre.

—Hola —dijo Mark, con una sonrisa.

¡Bum! Impacto. El sol entraba a raudales por las ventanas del edificio antiguo de ladrillo en el que trabajábamos él y yo, y lo iluminaba de tal forma que parecía alguien retratado por Miguel Ángel. Y, para rematar su atractivo, llevaba un viejo chaleco de punto que le había hecho su madre hacía años. Ya estaba deformado y descolorido, pero no era capaz de separarse de él.

Un buen hijo y un dios del sexo. Era como si hubiese dos Callies... la inteligente y sensata, a quien yo veía como una especie de Michelle Obama, y la boba enamorada de Betty Boop. Michelle debería darle una buena colleja a Betty Boop y, acto seguido, zarandearla. Sin embargo, eso no sucedió. Betty siguió allí sentada, embelesada, mientras la primera dama daba resoplidos de disgusto.

—Hola —dije, mientras me ruborizaba.

Después de cuatro años durante los cuales nos habíamos visto a diario, yo debería haber desarrollado cierta inmunidad, pero no. Tenía el pecho lleno de amor y de deseo, se me secaba la garganta y notaba un cosquilleo en los pies y en los dedos. Aunque, en aquel momento, estuviera intentando con todas mis fuerzas ser una compañera de trabajo inteligente, seguramente mi expresión era de adoración patética.

Mark se sentó en mi escritorio.

—Feliz cumpleaños —me dijo, como si fuera la frase más íntima y sugerente del mundo.

Cara: rojo explosión nuclear. Corazón: Aceleración máxima. Callie: a un centímetro del orgasmo.

—Gracias.

—Por supuesto, te he traído un regalo —murmuró él, con aquella voz... Dios, qué voz. Baja, suave, aterciopelada...

Sí, Mark y yo habíamos estado juntos cinco semanas. Cinco maravillosas semanas. Casi cinco y media, analizándolo bien. Cosa que yo había hecho.

Sacó un paquetito pequeño y rectangular del bolsillo trasero de su pantalón. A mí se me aceleró aún más el corazón, mientras la cabeza se me llenaba de pensamientos contradictorios.

«¿Una joya?», gritó Betty con entusiasmo. «Eso significa algo. Es romántico. ¡Muy romántico! Oh, Dios mío...».

Por otro lado, Michele me aconsejaba que fuera cautelosa.

«Tranquila, Callie. Vamos a ver cómo sigue esto».

—¡Oh, Mark! ¡Gracias! No tenías por qué —dije, con la voz susurrante.

Al otro lado de la pared de cristal que separaba nuestros despachos, Fleur Eames cerró sonoramente un cajón. La pared solo tenía tres metros de altura, y el techo estaba a cuatro, así que se oía todo. Supuse que mi compañera estaba intentando sacarme de mi aturdimiento. Fleur, la redactora publicitaria de la agencia, sabía que yo estaba enamorada. Todo el mundo lo sabía.

Carraspeé y tomé el paquetito de la mano de Mark. Él lo sujetó unos segundos, con una sonrisa, antes de soltarlo. Estaba envuelto en un papel amarillo muy alegre. El amarillo es mi color favorito. ¿Se lo había contado a él? ¿Había archivado Mark aquel pequeño dato, tal y como había archivado yo todo lo que me había dicho él? Bueno, aquello no podía ser una coincidencia, ¿no? ¿Acaso quería que volviéramos a estar juntos?

Yo llevaba cuatro años trabajando en la agencia de Mark. Éramos la única agencia de publicidad y relaciones públicas de la zona noreste de Vermont, Northeast Kingdom. La agencia tenía pocos empleados: Mark y yo, Fleur, la encargada de la oficina, Karen, y los dos informáticos pálidos del departamento de arte, Pete y Leila. Ah, y Damien, el secretario y esclavo servil de Mark, además de recepcionista.

A mí me encantaba mi trabajo. Además, era realmente buena, tal y como demostraba el enorme póster que había en la pared de mi despacho, con el que había estado a punto de ganar un Clio, el Oscar de la publicidad. La ceremonia de entrega de los premios Clio se había celebrado en Santa Fe hacía once meses, y había sido en aquella ciudad romántica y bella donde Mark y yo habíamos empezado nuestro idilio. Sin embargo, aquel no era el mejor momento para mantener una relación seria. Por lo menos, eso era lo que, al final, me había dicho Mark. ¿Qué mujer de veintinueve años iba a decirle eso al hombre del que esta-

ba enamorada? Ninguna. No, era Mark el que encontraba el momento poco conveniente.

Pero, ahora... me hacía un regalo. ¿Querría decir que, por fin, había llegado el momento perfecto? Tal vez aquel mismo día en el que yo entraba en la treintena fuese el comienzo de una nueva era.

—Ábrelo, Callie —me dijo él, y yo obedecí, con la esperanza de que no se diera cuenta de que me temblaban los dedos.

Dentro del envoltorio había una cajita de terciopelo negro. Me mordí el labio y miré a Mark, que se encogió de hombros y volvió a sonreír de aquel modo que me paraba el corazón.

—No todos los días cumple treinta años mi chica preferida —dijo.

—Oh, puaj —dijo Damien, que acababa de aparecer en la puerta. Mark lo miró un instante y, después, volvió a mirarme a mí.

—Hola, Damien —dije yo.

—Hola —respondió él, con desprecio. Damien había roto una vez más con su novio y, en aquel momento, odiaba el amor en todas sus formas—. Jefe, Muriel por la línea dos.

En el rostro de Mark se reflejó algo pasajero. Tal vez, irritación... Muriel era la hija de nuestro nuevo cliente, Charles deVeers, el dueño y fundador de Bags to Riches, una empresa que hacía ropa deportiva y de montaña utilizando bolsas de plástico recicladas y fibras naturales. Era la mayor cuenta que habíamos tenido hasta el momento, y muy importante para Green Mountain, que tenía casi todos sus clientes en Nueva Inglaterra. Yo solo había visto una vez a Muriel, pero Mark había estado yendo y viniendo a San Diego, donde estaba la oficina central de Bags to Riches. Como parte del trato, Charles había pedido que Muriel pudiera venir a Vermont a trabajar en un puesto ejecutivo de la agencia, para que él pudiera tener a alguien de confianza

supervisando el proyecto. Y, como Charles nos estaba pagando muchísimo dinero, Mark le había dicho que sí.

Mark no respondió a Damien, que estaba disfrutando inmensamente del hecho de poder decirle lo que tenía que hacer.

—¿Jefe? —dijo, con algo más de ímpetu—. ¿Muriel? ¿Te acuerdas de ella? Está esperando.

—Pues que espere un poco más —respondió Mark, y me guiñó un ojo—. Esto es importante. Abre la caja, Callie.

Damien exhaló un suspiro y se fue por el pasillo.

Con las mejillas ardiendo, abrí el estuche de terciopelo. Era un brazalete de plata, con delicados hilos que se enredaban como ramas de hiedra.

—Oh, Mark, me encanta... —susurré, y pasé el dedo por la pulsera. Me mordí el labio al tiempo que se me empañaban los ojos de felicidad—. Gracias.

Él tenía una expresión de ternura.

—De nada. Significas mucho para mí. Ya lo sabes, Callie —dijo él.

Entonces, se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla. Inmediatamente, todos los detalles se me grabaron en la mente: sus labios suaves y cálidos, el olor de su colonia Hugo Boss y el calor de su piel.

La esperanza, que llevaba los últimos diez meses hecha cenizas, resurgió.

—¿Crees que podrás ir después a mi fiesta de cumpleaños? —le pregunté, intentando parecer una persona animada y divertida, no lujuriosa.

Mis padres habían organizado una pequeña reunión en Elements, el mejor restaurante de la zona, y yo había invitado a todos mis compañeros de trabajo. No había motivos para fingir: como cumplía treinta años, esperaba algún regalo.

Mark se irguió, apartó una pila de papeles de un pequeño sofá que había en mi despacho y se sentó.

—Um... Mira, tengo que decirte una cosa. Conoces a Muriel, ¿no?

—La vi solo una vez. Parece muy... —dije. Cuando yo la había conocido, llevaba un traje negro muy elegante y unos zapatos estupendos. Era un poco... intensa—. Muy centrada en su trabajo.

—Sí, así es. Callie —dijo Mark, y vaciló—. Muriel y yo estamos saliendo juntos.

Tardé unos segundos en comprenderlo. Y, de nuevo, me convertí en el ciervo cegado por las luces del camión que se acercaba a mí a toda velocidad. Se me paró el corazón de golpe. No podía respirar. Michelle Obama se acercó, cabeceando con tristeza, cruzada de brazos. Yo me di cuenta de que me había quedado con la boca abierta, y la cerré.

—Ah —dije.

Mark miró hacia el suelo.

—Espero que esto no nos cause... incomodidad. Por lo de que tú y yo también salimos juntos, ya sabes.

Me envolvió un sonido estruendoso, como si estuviera en un río que bajaba crecido con el deshielo de primavera, y muy turbulento.

¿Mark estaba saliendo con alguien? ¿Cómo era posible? Y, si el momento era bueno para Muriel, ¿por qué no lo era para mí? Oh, mierda.

—¿Callie? —dijo él, y bajó la voz—. Hacerte daño es lo que menos quisiera en este mundo.

«Di algo», me ordenó la primera dama.

—¡No, no! —respondí, alegremente—. Es solo que... Nada, no te preocupes, Mark. No te preocupes —insistí. Tenía la sensación de que estaba sonriendo. Sonriendo y asintiendo. Sí, sí. Asentía—. Y ¿cuánto tiempo lleváis juntos?

—Un par de meses —respondió Mark—. Vamos... vamos bastante en serio —dijo.

Sacó el brazalete del estuche y me lo puso en la muñeca, y me rozó la piel con los dedos. Yo tuve ganas de apar-

tar la mano.

Conocía a Mark desde hacía muchos años, y él nunca había salido dos meses con la misma mujer. Un par de semanas, sí. Yo creía que mis cinco semanas eran un récord, sinceramente.

Ah. Mi cuerpo estaba reaccionando al hecho de que acababa de ser arrollado por un camión. Tenía una opresión en la garganta, me vibraban las articulaciones debido al impulso de escapar del peligro y sentía un agudo dolor en el pecho.

—Bueno, pues... ¿sabes una cosa? ¡Tengo que ir a renovar el carné de conducir! ¡Casi se me olvida! Ya sabes. Cumpleaños, renovación del carné... —«respira, Callie»—. ¿Te importaría que saliera un poco antes hoy a comer? —pregunté. En aquel momento, me falló la voz y tuve que carraspear, evitando cuidadosamente la mirada de los ojos oscuros de Mark, que estaban llenos de tristeza.

—Claro, Callie. Tómate todo el tiempo que necesites.

Aquella amabilidad suya me provocó, de repente, instintos asesinos.

—No tardo —dije, muy pizpireta—. ¡Gracias por el brazalete! ¡Hasta luego!

Y, con eso, tomé el bolso y me puse de pie. Salí rodeando a Mark para no rozarme con él, que seguía sentado en el sofá, mirando hacia delante.

—Callie, lo siento —dijo.

—¡No, no tienes por qué disculparte! —exclamé, canturreando—. Bueno, me voy corriendo. Hoy cierran pronto. ¡Hasta luego!

Treinta minutos después, estaba en la cola de Tráfico, y el efecto de haber sido atropellada por el hombre a quien quería, y ahora odiaba, y aún quería, estaba pasándome factura. Michelle Obama me había abandonado después de darse cuenta, con consternación, de que no había forma

de ayudarme, y Betty Boop tenía los labios apretados y los ojos llenos de lágrimas. Para no dejarme dominar por la desesperación, me puse a mirar a mi alrededor. El suelo era de baldosas grises y estaba sucio. Las paredes eran blancas y estaban desconchadas. Yo era la quinta en una cola de unas diez personas, y todos estábamos cansados, sin vida, sin amor... o esa era la impresión que daba.

La escena parecía sacada de una obra existencialista francesa... El infierno no son los demás. El infierno es la Jefatura de Tráfico. Los funcionarios eran como robots. Se movían arrastrando los pies por detrás del mostrador; estaba claro que odiaban la suerte que les había tocado en la vida y que estaban sopesando hacerse el hara-kiri o perpetrar un desfalco para poder huir de aquel lugar deprimente. El reloj de la pared se burlaba de mí: «El tiempo vuela, nena. Se te pasa la vida sin que te des cuenta. Feliz cumpleaños».

Se me aceleró la respiración y comenzaron a temblarme las rodillas. De nuevo, se me llenaron los ojos de lágrimas, y noté el estúpido regalo de cumpleaños que llevaba en la muñeca. Debería quitármelo, fundirlo y fabricar una bala para matar a Mark. No, a mí misma. O tragarme el brazalete entero. Así, se me enredaría en los intestinos, tendrían que operarme y Mark tendría que ir al hospital y se daría cuenta de lo mucho que me quería, después de todo. Aunque yo ya no querría estar con él. «Sí, claro, Callie», dijo Michelle Obama, que reapareció en aquel momento. «Estarías dispuesta a comerte un niño con tal de estar con él».

Bueno, tal vez no me comiese a un niño. Sin embargo, la idea de que Mark llevara dos meses saliendo con alguien en serio... ¡Ah, mierda! Él pánico se apoderó inesperadamente de mí. Aquella estúpida Muriel, con su pelo negro y su piel blanca, como una vampiresa, con sus zapatos fabulosos... ¿Cuándo habían empezado a salir? ¿Cuándo, demonios?

Oh, mierda. ¿Debería marcharme de allí? Necesitaba renovar el carné de conducir. Aquel era el último día de plazo para poder hacerlo sin que me pusieran una multa. Había elegido un traje precioso para la foto; una blusa blanca y roja, una minifalda roja, unos aros dorados grandes... Y aquel día tenía el pelo perfecto, brillante y ondulado... Además, ¿qué iba a hacer? ¿Quedarme sentada en el coche, llorando? ¿Darle patadas a un árbol? No, yo no era de esas. Lo único que me apetecía era sentarme en mi mecedora y comer masa cruda de bizcocho.

Se me formó un sollozo en la garganta. Mierda.

—Siguiendo —dijo uno de los funcionarios de tráfico, y todos avanzamos diez centímetros. El hombre que estaba detrás de mí exhaló un audible suspiro.

Entonces, saqué el teléfono móvil del bolso y marqué el teléfono de Annie Doyle, pero me respondió el buzón de voz. Aquello me pareció un insulto personal. ¿Cómo era posible que mi mejor amiga no estuviera disponible en aquel momento? ¿Acaso ya no me quería?

Como mi estado de ánimo iba de mal en peor, pensé en llamar a mi madre... Dios, no. Aquello confirmaría que el cromosoma Y debía desaparecer de la faz de la tierra. ¿Mi hermana? No iba a ser mucho mejor, pero, al menos, era alguien. Por suerte, Hester sí me contestó, aunque yo sabía que estaba en el trabajo.

—¿Hester? ¿Tienes un minuto?

—¡Eh, cumpleaños! ¿Qué tal? —me preguntó mi hermana, con su potente voz, y yo tuve que apartarme el teléfono de la oreja.

—Hester —dije, medio llorando—. ¡Está saliendo con otra! Me ha regalado un brazalete precioso, me ha besado en la mejilla y, después, me ha dicho que estaba saliendo con otra, y que llevaban dos meses, y que van en serio, ¡pero yo lo sigo queriendo!

—Por Dios, señorita, contrólese —murmuró el hombre que iba detrás de mí, y sin pensar, yo me di la vuelta y lo

fulminé con la mirada. Él enarcó una ceja con desdén, pero, en realidad, había empezado a mirarme mucha gente... Milagrosamente, nadie sabía que yo estaba allí en aquel momento... La oficina de Tráfico estaba en Kettering, el pueblo de al lado de Georgebury, así que, al menos, tenía eso a mi favor.

—¿Es de Mark de quien estamos hablando? —preguntó Hester, como si hubiéramos hablado de otro hombre durante aquel año. O dos años. O cuatro.

—¡Sí! ¡Mark está saliendo con Muriel, de California! ¡Muriel, la hija de nuestro cliente más importante! ¿No te parece maravilloso?

El hombre que iba detrás de mí carraspeó sonoramente.

—Bueno, a mí, Mark siempre me pareció un arrogante y un imbécil —dijo Hester.

—¡No me estás ayudando! —le reproché yo. ¿Por qué no había respondido Annie al teléfono? Ella era mucho mejor en aquel tipo de situaciones. Era normal, no como Hester.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que es un príncipe azul? ¿Y dónde estás tú ahora?

—En Tráfico, en Kettering.

—¿Y qué haces ahí?

—Renovarme el carné de conducir, que estaba a punto de expirar. Y tenía que salir de la oficina... No sabía qué hacer —respondí, a punto de ponerme a sollozar—. Hester... yo siempre pensé que... Él dijo que no era el mejor momento. Nunca había ido en serio con nadie. Y llevan juntos dos meses...

El sentimiento de traición, la impresión que me habían causado aquellas palabras, me provocaron un dolor físico en el pecho, y tuve que ponerme la mano sobre el corazón mientras se me caían las lágrimas por las mejillas.

La mujer que iba delante de mí se dio la vuelta. Tenía la piel curtida y morena, y los hombros anchos. Debía de ser granjera.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó, con un fuerte acento de Vermont.

—Sí, estoy bien —respondí, con la voz temblorosa, intentando sonreír.

—Te he oído sin querer, nena —me dijo ella—. Los hombres pueden ser muy idiotas. Un día, mi marido, Norman, se sentó a la mesa a la hora de cenar y me dijo que quería divorciarse de mí porque llevaba una temporadita acostándose con la secretaria de la mantequería. Y eso, cuando llevábamos cuarenta y dos años casados.

—Oh, Dios mío... Lo siento muchísimo —le dije, y le agarré suavemente la mano. Tenía razón: los hombres eran idiotas. Mark era un idiota. Yo no debería sentir tanto dolor por él. Pero lo malo era que quería a aquella rata. ¡Oh, demonios!

—¿Hola? ¿Hola? Sigo aquí, Callie —me recordó mi hermana, sin miramientos—. ¿Qué quieres que te diga?

—No sé, Hes... ¿Qué crees que debería hacer?

—¿Salirse de aquí? —me sugirió el hombre que iba detrás.

—No tengo ni idea, Callie —dijo mi hermana, con un suspiro—. La relación más larga que yo he tenido en la vida duró treinta y seis horas. Lo cual, en realidad, ha sido perfecto para mí —añadió, pensativamente.

—Hes, yo... voy a tener que verlos juntos todos los días —dije. Aquello me encogía el corazón.

—Sí, seguramente, eso no va a ser fácil —convino mi hermana.

—Oh, pobrecita —dijo la mujer de delante, mientras me estrechaba suavemente la mano.

El trabajo ya nunca sería igual. Green Mountain Media, aquella agencia que yo había contribuido a levantar, sería la nueva casa de Muriel. Muriel. ¡Qué nombre tan mezquino! ¡Era el nombre de una chica rica! ¡Un nombre frío y despiadado! ¡No como Callie, que era tan amistoso y tan mono!